

En lo profundo del corazón

Oh Dios, no cesas de hablarme
en lo profundo del corazón:
anhelas posesionarte de mí,
anhelas esclarecerme,
anhelas hacerme vivir de tu vida divina.

En lo profundo de mi corazón
hay una fermentación incesante
que tu mano de Creador mantiene,
y que me impulsa a abandonarme a Ti,
a ti que siempre me buscas.

Mi Dios, silencioso estoy en tu presencia,
me entrego a Ti.

Que tu Palabra todopoderosa descienda sobre mí,
que viva en mí.

DS 144-145 (24)

Maestro interior y Espíritu de Amor

Oh Dios, te haces el Maestro de nuestros corazones;
nos quieres volver felices

y nos regalas tu propia felicidad

Nosotros todos acudimos a tu escuela,
Maestro interior.

Nosotros todos nos ponemos bajo tu conducción.
Danos santos pensamientos

y permítenos ponerlos por obra.

Que nuestro orar y nuestro obrar comiencen en Ti,
y que acaben también en Ti.

Nos colocamos bajo la dirección de tu Espíritu de Amor;
que todo nuestro ser, nuestro cuerpo y toda nuestra alma,

no tengan sino un único movimiento,
un único impulso;

se pongan bajo la dirección del Espíritu de Amor
que digan incesantemente: **¡Aquí estoy!**

DS 145-146 (21)

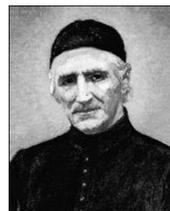
EN AVANT! B. OYHENART scj

El amor de Cristo Jesús nos apremia,

al considerar que si uno solo murió por todos, entonces todos han muerto.

*Y Jesús murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos
sino para Aquél que murió y resucitó por ellos.*

[II Cor 5,14-15]



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

**¡Adelante! ¡Siempre adelante!
Atentos a los signos de DIOS
en los límites de nuestra posición**

Año VI 2002 - Nº 3

CONTINUAMOS CON EL TEXTO DE MONS PIRONIO, *IGLESIA Y MUNDO...*

Esperanza y Presente

4. Es en el ámbito de la esperanza cristiana —esencialmente activa y creadora— donde debe ubicarse la relación esencial: Iglesia y Mundo.

“La figura de este mundo pasa” (I Cor 7/31). Es esencial a este mundo su caducidad provisoria. Por eso se pide a los cristianos no acomodarse “al mundo presente” (Rom 12/2). Una amistad definitiva con el mundo sería enemistad con Dios (Sant 4,4). Este mundo provisoria, marcado por la concupiscencia de los hombres, pasa. Sólo el cristiano, el que cumple la voluntad del Padre, permanece para siempre (I Jn 15/17). Por eso se le pide al hombre que viva en actitud de pobreza y desprendimiento, peregrino de la ciudad futura (Heb 13/14), esperando “nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia” (2 Ped 3/13).

También la Iglesia peregrina participa de este carácter provisoria. “Lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y Ella misma vive entre las creaturas que gimen entre dolores de parto hasta el presente, en espera de la manifestación de los hijos de Dios” (LG 48). De allí el dolor de sus límites. Va anunciando el misterio de Cristo, pero todavía ‘entre sombras’ (LG 8). Por la virtud del Espíritu Santo” se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo”, pero la debilidad de sus miembros —clérigos o laicos— ha roto a veces la fidelidad al Espíritu y experimenta la necesidad continua de purificación y renovación (GS 43).

Ella es en la tierra “el germen y el principio del Reino” (LG 5). Lo anuncia y hace crecer visiblemente en el mundo. Pero anhela con impaciencia

el Reino consumado. La Iglesia no es definitivamente el Reino de Dios sino su comienzo. Como tampoco puede identificarse el Reino con el progreso humano.

5. Pero todo tiende a la recapitulación definitiva en Cristo (Ef 1/10). Cuando todas las cosas, las de la tierra y las del cielo, queden reconciliadas con el Padre por Cristo, habrá la paz y la unidad universal (Col 1/20). Habrá la justicia en los nuevos cielos y la nueva tierra. Todas las esclavitudes serán desatadas. La salvación habrá llegado a su término. El mundo se identificará con la Iglesia. La Iglesia será definitivamente el Reino consumado. Y Cristo, Señor de la historia, entregará el Reino al Padre para que sea Dios todo en todo (I Cor 15/28).

La escatología da unidad a la historia de la Iglesia y del mundo. Hace que ambas realidades finalmente coincidan. La finalidad de la Iglesia es la salvación escatológica. El mundo fue hecho para la definitiva transformación en Cristo.

La Iglesia y el mundo se unen en la redención inicial. Ambos fueron salvados “en esperanza” (Rom 8/24). Pero, fundamentalmente, ambos se unen en la esperanza escatológica: “la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando la redención de nuestro cuerpo (Rom 8/ 22-27).

La creación entera será liberada de toda servidumbre y el mundo quedará definitivamente transfigurado cuando el Señor vuelva. Será el momento en que la nueva Jerusalén baje del cielo engalanada como una novia el día de sus bodas. Una misma voz dirá desde el trono: “Esta es la morada de Dios con los hombres”. Y también: “Mira que hago un mundo nuevo” (Ap 21/1-5).

6. Pero no se trata de una espera pasiva y ociosa. La esperanza cristiana es esencialmente productiva y creadora. *Cristiano es el hombre comprometido a ir re-creando las cosas, re-haciendo la historia, descubriendo y anticipando el futuro.* Y aquí está la misión esencialmente religiosa de la Iglesia. Ella no puede ser “signo de salvación en el mundo” (GS 43), si no asume cotidianamente como Cristo la realidad temporal y la santifica.

La Iglesia es signo de que “la plenitud de los tiempos ya ha llegado hasta nosotros y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente” (LG 48). Desde ya nos sentimos envueltos en “la gloria que se ha de manifestar en nosotros” (Rom 8/18). Y comprometidos en el tiempo a comunicarla a nuestros hermanos.

Desde la esperanza escatológica los cristianos “esperamos como Salvador al Señor Jesucristo” (Fil 3/20), y vivimos en austeridad “aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo” (Tit 2/12).

Pero nos sentimos comprometidos a transformar la tierra y preparar el mundo futuro. “La espera de una nueva tierra no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (GS 39).

7. Por lo mismo, la Iglesia no anuncia simplemente una vida futura desubicando al hombre de su compromiso con el mundo presente. Le enseña a vivir las exigencias concretas de su fe. Pecaría ciertamente contra la esperanza escatológica quien soñara con la “plena liberación de la humanidad” por el solo esfuerzo del hombre y abrigara el convencimiento de que todos sus deseos quedarán plenamente saciados por “el futuro reino del hombre sobre la tierra” (GS 10). Pero también pecaría contra la esperanza cristiana quien se evadiera del tiempo con el pretexto de la eternidad. “La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (GS 21).

Nos ha hecho mucho daño dividir demasiado lo espiritual de lo temporal, la vida religiosa de la actividad cotidiana, la fe de las ocupaciones profesionales y sociales. “El divorcio entre la fe y la vida diaria debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época” (GS 43).

Se le impone al cristiano, por exigencia de su vida religiosa, ser fiel a sus deberes temporales. “El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su salvación eterna” (GS 43). Es decir, *que la construcción del mundo entra plenamente dentro de la esfera de la vida religiosa.*

Por exigencias de la salvación escatológica la Iglesia no sólo anuncia que “el Señor viene” (I Cor 16/22). Sino que ya ha venido y “ha plantado su carpa ente nosotros” (Jn 1/14). La plenitud de los tiempos mesiánicos — tiempos de paz y justicia, de liberación y felicidad— ya ha llegado a nosotros “porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tit 2/11). Cuando la Iglesia predica ahora el Evangelio del Reino sabe que anuncia la Buena Noticia de la Salvación para la totalidad del hombre y su historia, para su tiempo y la eternidad. Es decir, sabe que el mundo ha sido consagrado con la presencia del Verbo y que será definitivamente recapitulado en Cristo “Primogénito de entre los muertos” (Col 1/18).